

**Pregón a  
Nuestra Señora del Carmen  
de San Gil Abad**



**Pronunciado por  
D. Fernando Vaz Calderón  
el 22 de mayo de 2009.**

## COMO UN DEVOTO CARMELITA

Viéndote, mirándote entre las rejas del tiempo. Queriendo ser peine que acaricie esos cabellos, gracia en el tintineo de tus salcillos, cetro entre tus manos y corona sobre tu sien.

Contemplándote, como si echáramos la vista a la infinitud del mar desde el puerto de nuestra vida, como si adormeciéramos en tu belleza despierta, como si tu mes de Julio fuera el primero de nuestra vida.

Admirándote, como las vecinas del barrio que hacen su paradita entre “mandaos” y paseos, como los humildes cuyo enternecedor ánimo se refleja y se acomoda en tu macarena prestancia, como Santa Teresa te amó erigiéndose en auténtica y principal Madre Fundadora de los innumerables Conventos que en Sevilla jalonaron la historia.

Amándote, como sólo aman quienes se miran sin palabras, como sólo se ama desde la estricta obediencia a la Suprema Ley del Amor aceptándola aunque hiera y duela, como sólo se ama desde la imposibilidad de ocultarlo en los ojos de quien te siente, como lo hacen aquellos que se saben invencibles por haber conocido qué es tu amor sincero.

Así, viéndote, contemplándote, admirándote, amándote, como hicieron siempre, desde hace nueve siglos, tus hijos carmelitas, como así hoy lo manifiestan las palabras brotadas de un altar convertido en el Monte Carmelo de tu barrio y ocupado por alguien que, sin ser ni con mucho tu profeta Elías, se presenta con su corazón envuelto por el hábito marrón que cubre tu cuerpo para mostrar a su pueblo el Gran Poder de Dios derramando su amor sobre Israel.

Dice el Salmo de la Alabanza: “*Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra*” (Salmo 100, 1). Y añade en su osadía quien os habla: “*Cantad alegres a la Virgen del Carmen de San Gil, habitantes del Barrio de la Macarena*”.

Porque aquí resguardada, en el primoroso cofre de la Iglesia de San Gil, siempre estarás atendida para que nada estorbe a tu inmaculada sencillez y para que nada te enturbie en tu intercesión por nosotros ante el Altísimo. Necesitaban tus macarenos carmelitas mantenerte así, dispuesta a acoger a quien se acerque, pero apartada, nunca escondida, sí refugiada de los males del mundo.

De esta misma manera, viéndote, contemplándote, admirándote, amándote, esencia de los devotos y hermanos de tu Orden, y sumando

ahora mi oración arrojada y desquitada de temor, acudo aferrado al cancel de tu capilla para alabarte, para cantarte, para jurarte eterna fidelidad delante de todos mis semejantes, para aclamarte y ofrecerte un jardín de flores tan amplio como lo es tu Monte del Carmelo palestino, para pedirte en tu humildad rescate para el preso de las torturas, salud para el enfermo, consuelo para el afligido, alegría para el triste, perdón a los pecadores -a este pecador-, fuerza y valentía para la confesión -para mi confesión- y para solicitar de tu dulzura amparo eterno. Así te saludo, así os saludo con todo el convencimiento de mi corazón volcado y pido vuestra ayuda y protección, Luz, Señora, Joya en la que relucen todas las bondades, Niña macarena y Reina del Carmelo, Virgen del Carmen de San Gil.

## **PRESENTACIÓN**

*Sr. Cura Párroco de esta Iglesia de San Gil Abad.*

*Sr. Hermano Mayor de la Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad del Carmen de San Gil.*

*Representantes de otras Hermandades.*

*Querido y estimado presentador.*

*Hermanas y Hermanos todos en el corazón del Señor:*

## **LA LLAMADA DE LA VIRGEN**

Ocurrió como Ella quiso que ocurriera. Sin más impulso que el de su propia voluntad expresada a través de sus hijos más cercanos -instrumentos primordiales de la Virgen-, sin más ruido que el latir de los corazones de los que allí nos hallábamos en el sitio y la hora exacta, sin más intención que la de dejar que sus deseos ordenaran nuestros designios.

Ocurrió así, y por eso, en este día, acudimos a este estrado con la seguridad de haber puesto en esta ilusión todo el empeño que humanamente pueda darse para cumplir su voluntad de la forma más digna. Y nos presentamos no sólo solicitando benevolencia a los presentes, sino hablando de Nuestra Madre como fieles cortesanos en los que la duda no encuentra sitio cuando es Ella la que dispone en el nombre del Señor y nosotros quienes obedecemos.

Sí, ocurrió como Ella quiso que ocurriera, sin grandes estruendos ni desmedidas alharacas, sin acotado protocolo y empleando únicamente la fraternidad mostrada por estos sus sirvientes que actúan siempre buscando el agrado de su Madre del Cielo. Porque no es curiosa anécdota lo que a continuación quedará relatado, sino demostración real sobre la manera con la que la Virgen se manifiesta para regalarnos, cuando menos lo esperamos, momentos como los que ahora vive el pregonero conmoviéndose al son que Ella marca.

Podría entonces, debería, dar las gracias al Hermano Mayor de esta Real Hermandad, a su Junta de Gobierno y al resto de mis hermanos, a muchos de los cuales conozco sobradamente, por la confianza sin límites demostrada y por el recto proceder con el que a mi persona se dirigieron y que -reitero- a continuación quedará relatado.

Podría, y en ello tendría que volcarme, dar las gracias a mi amable presentador reconociéndole con cariño la habilidad exhibida para disimular mis defectos con la nobleza de sus palabras.

Podría, y con premura lo expresaría, dar las gracias a las gentes de su barrio, del barrio de la Virgen, observando ahora cómo han acudido a esta llamada a la que el pregonero se ha entregado sin condiciones.

Podría, sí, podría... Pero entiendo que lo más noble y lo más justo es agradecerle esta oportunidad directamente a Ti, Madre y Señora del Carmelo. Y lo haré -ya lo he comentado- describiendo ante tu gente las virtudes que utilizaste para hacer nacer estas palabras que a tus plantas aquí mismo deposito en tu honra y en tu honor, en pos de ensalzar tu humildad y tu grandeza de mujer escogida y entregada.

Porque todo, sin que nadie lo tuviera previsto, salvo Ella, acaeció en una tarde de Cuaresma, ese tiempo en el que las cosas renacen y la vida se hace milagro lustroso para después volver a marchitarse en la tristeza de una Plaza de San Lorenzo que se llevó a la Soledad para dejarnos a nosotros ante la otra soledad, la nuestra, la que más hierde, en un desamparado regreso a casa.

Y en esos días en los que realmente el tiempo no pasa, sino que se consume agotándonos también la vida, el pregonero, como tantos otros de vosotros, dedicaba cada segundo a paladear el anuncio de lo que más tarde habría de llegar: la impaciente y dulce espera, las idas y venidas de los preparativos y el influjo de un Dios macareno expuesto en su Quinario de manos amarradas, mirada dulce y sueños de una Roma sevillana entregada a su misterio, caía directamente sobre quien os habla.

Una vez finalizada la solemne celebración de una de sus cinco Eucaristías, me dispuse a compartir un rato de charla en el atrio con mis allegados y, repentinamente, sin prestar atención ni a mi rumbo ni a mis pasos, aparecí solo en mitad de la antigua “Hara Mayur” y calle larga de San Luis, caminando en silencio y recreándome en el recuerdo de la infinita belleza de la Virgen de la Esperanza y en esa sublime estampa de custodia al Mejor de los nacidos, al Primero de los macarenos, a Nuestro Padre Jesús de la Sentencia que, silente y manso, descansaba de los castigos situándose en el Altar Mayor y bajo la protección de la mirada de la Reina del Mundo.

Y en esas estaba cuando un grupo de hermanos del Carmen de San Gil, encabezados por su Hermano Mayor, se asomaron a la vía cortando de raíz mi andadura y mis pensamientos ofreciéndome sin dilación esta grata encomienda. La sorpresa primera, seguida por la duda reconocida en las limitaciones y el honor presentido después fueron cambiando el ánimo de aquella tarde noche. Una agradabilísima sonrisa femenina puso en mis manos un pequeño Escapulario como primer presente de todo lo que después ha venido llegando. Alargó suavemente su brazo y esgrimió: “Toma, este es de la Virgen”. Al tomarlo y cerrar la mano, supe, convencido, que era la propia Virgen del Carmen la que de esta forma tan sencilla, tan resuelta, tan detallista y tan sutil había manifestado su orden y su voluntad. Y mientras emocionado buscaba el sosiego para aplacar la impresión, mi mirada se cruzó y se detuvo ante el colorido blanquecino, albero y transparente del azulejo que la inspiración de Facundo Peláez plasmara en las fachadas exteriores de su Templo: los dos faroles que escoltan a esta lámina divinizada de barro y cerámica, la luna que se asomaba por la bocana del Arco, la soledad que se había aposentado ya en las calles que casi a diario frecuentamos y el entorno entero del corazón de su barrio se convirtieron por unos instantes en el marco soñado en el que este siervo suyo se aprestara a pronunciar un “fiat” tan claro como el que Ella misma lanzara al Arcángel San Gabriel en el día en que verdaderamente empezó nuestra historia: dije “sí” convencido por ser estas que tratamos cuestiones principales de María, por la Hermandad del Carmen de San Gil y la frágil hermosura del Tesoro que lo colma, por querer aceptar nuevamente la protección del mismo Escapulario que hace años me impusieran en el colegio, por reafirmar públicamente y para siempre mi fidelidad a la Virgen y porque gracias a su fina belleza he podido comprobar que los amores que nunca mueren se sustentan en los pequeños gestos, que nada es insignificante ni para la Madre del Cielo ni para la de este mundo y que no hace falta presentarse físicamente ante su presencia para vivir bajo el refugio de su nombre, sino que basta -sin ser poco- dedicarle una sencilla pero sincera oración, preservar su Gracia,

acordarnos de su maternal hermosura e invocarla desde que despertamos hasta que acaben el día y los días, igual que en aquella noche de Cuaresma la sintió quien hoy es su pregonero mientras admiraba los exactos y preciosos rasgos de su Imagen que habían quedado plasmados en aquél azulejo:

*No hace falta para verte  
llegar hasta tu presencia,  
que en lo oscuro de tu ausencia  
volveremos a tenerte,  
que al pensarte y al quererte  
nos veremos junto a Ti.  
Nos veremos junto a Ti,  
junto al sol que nos ofreces  
repitiendo tantas veces:  
“Ya eres Tú quien vive en mí”.*

*Haces grandes los detalles  
en tu Iglesia de San Gil:  
Las palabras, el atril,  
ese nombre de tu talle,  
un paseo por tus calles,  
una vela a Ti encendida,  
un sentir que se te pida,  
un piropo, una mirada,  
una Fe tan arraigada  
que a tu barrio da la vida.*

*En estas pequeñas cosas  
te entregamos nuestro amor,  
y entregado, sin pudor,  
te ofrezco miles de rosas  
por ser Tú, Virgen hermosa,  
la perfección y el espejo,  
del mismo Dios el reflejo  
y un regalo tan de aquí  
que una tarde recibí  
a los pies de tu azulejo.*

## EL MATIZ: EL SANTO ESCAPULARIO Y LAS LLAVES DEL CIELO.

Las grandes historias, o al menos las historias que más nos importan, han sido creadas siempre sobre la aportación de aparentes insignificancias que, sumadas todas ellas, convierten los inicios y el presente en enormes e indestructibles murallas mantenidas en el tiempo.

Este es, sin duda, el caso de la mayoría de las Hermandades de Gloria que, despojadas del dominante esplendor, dignifican hoy día el fervor mariano de Sevilla. Y ello también es así, como no podía ser de otra manera, en el caso de la Hermandad que en esta hora ocupa nuestra atención.

Porque fue una excelente piedra de apoyo el que don Remondo, primer Arzobispo de la cristiandad sevillana, se trajera desde su Segovia natal al Abad San Gil para que diera nombre y recuerdo imperecedero a una de las parroquias de más solera que en Sevilla jamás haya existido.

Porque fue un hito en la historia de esta Hermandad el título de Real adquirido por el alistamiento a su nómina de la Reina Amelia de Portugal y de la Infanta María Luisa.

Porque se consagró, hace ya muchos años, la unión indisoluble al barrio que le da cobijo con las veladas celebradas en honor de la Virgen del Carmen y en las que hasta el Arco se vestía de gala.

Porque fueron cimientos innegables la valentía y el entusiasmo de aquellos antepasados nuestros que con su esfuerzo posibilitaron la reorganización de la Hermandad desde la Iglesia del Hospital Central al inicio de la década de los cuarenta.

Porque siempre daremos gracias a Dios por esa inspiración de José Ordóñez que recreara la gracia de esta Amantísima Titular, por la generosidad de Gabriel Espinal al donarla, por la sensibilidad de Buiza culminada en la ternura del Niño, por la proporciones perfectas del paso creado en los talleres de Salas y Velázquez, y por el sello indiscutiblemente macareno que reluce en los candelabros que un día alumbraron a la Virgen del Rosario y al Señor de la Sentencia.

Porque nada seríamos sin todos los hermanos que porfiaron sin recursos por sacar adelante lo que actualmente contemplamos: aquí habría que hablar del tesón de Pepe Madrigal y sus talonarios de loterías; y de la entrega de Paniagua, de Pepe Acosta o de Maldonado; del cariño tan cercano de Antonia y de Desi, sus Camareras; y, sobre todo, del fervor infranqueable de Paco Rodríguez Hermoso y de Pinilla, a los que el barrio en su conjunto deberían condecorar como “*Generales en mando de las cosas del Barrio de la Macarena*” por todo lo que han ayudado y ayudan a sus Hermandades y a sus gentes, empezando por el desvelo que sienten hacia sus armaos; y, por último, no podemos dejar de mentar a los que de la mano de Manuel Valdés y Antonio Álvarez del Valle abrieron las puertas del Centenario y a los que encabezados por Pedro Romero Villarán siguen alimentando esta maravillosa historia en pos de ensalzar siempre a la Virgen María.

Toda esta suma de matices, y algunos más que seguramente nos hayamos dejado en el tintero, ha conseguido construir este bastión devocional en el que en nuestros tiempos nos encontramos.

Pero si algún elemento puede considerarse ciertamente matiz diferenciador en una Hermandad del Carmen, éste no es otro que el del Escapulario, estandarte de todo aquél que se sienta verdadero devoto carmelita: he aquí el corazón de todo lo que a Ella dirigimos, el cofre que la propia Virgen entregó a San Simón Stock, General de la Orden del Carmen, para que en él guardáramos la protección de Nuestra Madre ofrendada con estas palabras: “El que muera con él no padecerá el fuego eterno”.

No perdamos pues la visión y la importancia de este símbolo carmelita, conservémoslo como un don otorgado, como un delicado tesoro regalado a sus hijos más fieles, como el pequeño espejo con el que la Virgen se peina en Diciembre y se embellece para enseñorearse en el mes de Julio, y como las majestuosas llaves de las puertas del Cielo que nos adentrarán en su Gloria cuando Ella así lo quiera:

*No nos late el corazón  
que por Ti se ha transformado,  
que ahora late la pasión  
de tu Santo Escapulario.*

*Una vida sin temor,  
sin el fuego atormentado,  
sin el último dolor  
que en tu Gracia se ha apagado.*



*Claro el Cielo y su esplendor  
por soñar en tu regazo,  
por sentirte en la oración  
de unas cuentas del Rosario,*

*por un mundo alentador,  
por la gente de tu barrio,  
por tu luz, por tu fulgor,  
por los días cotidianos,*

*por las voces sin clamor  
que adornaron tu pasado,  
por un nuevo contador  
al llegar tu Centenario,*

*por tus rejas, por tu sol,  
por los tiempos que esperamos,  
por sentirte en devoción  
y seguirte sin desmayo.*

*Porque aquí nunca hay temor  
partiremos desde el Arco  
al encuentro del Señor  
cuando Tú decidas cuando.*

*Y no es riña de mi voz,  
creed en lo que digamos  
a San Pedro, el Sucesor,  
cuando enfrente lo tengamos:*

*“No me preguntes, por Dios,  
que del Carmen soy ahijado  
y en San Gil supe de vos  
y de todo aquél Calvario.*

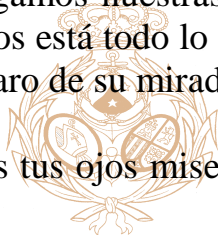
*Entra pues en la razón,  
abre el Cielo que anhelamos,  
que sus llaves tengo yo  
escondidas en la mano,*

*y las muestro por amor,  
convencido en lo que hablo,  
pues la Virgen me las dio  
con su Santo Escapulario”.*

## EL ENCUENTRO CON LA VIRGEN

Pero antes de seguir adentrándonos en el arcano y encantador laberinto que rodea a la historia de amor que encumbra a Nuestra Señora, y una vez ensalzados su Imagen y su principal escudo, es necesario presentarnos espiritual y físicamente ante Ella -ahora sí- para poder mostrarle cara a cara nuestra devoción. Acudamos pues a esta obligada cita con el alma henchida de alegría porque es mucho lo que nos ofrece. Busquémosla entre esa maraña desagradecida y egoísta en la que hemos convertido al mundo. Entremos sin temor en esta Iglesia, hallémosla en el frescor de estos muros, primera de las protecciones que nos brinda cuando huyendo del calor asfixiante nos presentamos en su día más esperado. Démosle impulso al contento de esta Madre porque cuanto más aumente su satisfacción, más grande será a su vez el favor con el que nos premie influyendo ante el Señor. Hagamos nuestras sus alabanzas y participemos de sus mensajes porque en ellos está todo lo que la hace feliz, y situémonos en todo momento bajo el amparo de su mirada.

“Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos”, reza la “Salve” a Nuestra Señora.



San Epifanio decía de la Virgen que ésta era la “Madre de los muchos ojos”, porque para todos nosotros presta su máxima atención haciendo de cada uno de sus hijos individualmente considerados el centro de su vida y su única razón de felicidad. Cuando alguien se acerca a su humilde capilla de San Gil, el mundo desaparece para esta Madre Carmelita: ya no hay ni barrio, ni cielo azul tensado, ni tarde majestuosa de salida procesional. No le importan tampoco los cabildos, ni los ropajes, ni el ajuar con la que la revistamos... Ya lo único que la concierne es la amorosa conexión que a través de una mirada y una breve oración se produce en la intimidad de su estancia.

Y escucha, tened por seguro que escucha. Y atiende, y concede como si no tuviera otra misión allí arriba en su Gloria y aquí abajo en la cercanía de San Gil. Porque aunque sea Dios quien engendra la misericordia absoluta y divina, es Ella quien atempera su sed de Justicia y quien convierte al Creador en un Dios mucho más misericordioso que justo, porque si no fuera por su intermediación de Abogada Nuestra y el Señor sólo en Justicia actuara, más nos convendría apagar la luz, cerrar los ojos, proteger nuestras cabezas y aguantar lo que en justicia llegare.

Porque en este diálogo directo y discreto, de hijo a Madre, recibimos solamente benignidad, nos olvidamos por unos instantes del temor a Dios que tan bien se expresa en el Libro de Isaías y se alcanza el abrigo socorriéndose frecuentemente las miserias. Conviene no olvidarlo ni olvidarla, porque sin Ella, sin el gozo de esta Virgen del Carmen, ¿quién mirará por nosotros cuando ante el Altísimo cuentas se hayan de prestar? ¿Quién mirará por nuestra causa, por nuestra salvación, sino nuestra propia Madre del Cielo? Conviene no olvidarlo ni olvidarla, no vaya a ser que en su momento la echemos de menos...

“Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos”, que reza la “Salve” a Nuestra Señora.

“Dios habla a los hombres a través de esa belleza única llamada María”, dijo de Ella el Santo Padre Juan Pablo II.

“A quien Dios quiere hacer muy santo, lo hace muy devoto de la Virgen María”, afirmó San Luis María Grignion de Montfort.

“Cuanto la Virgen quiere, lo consigue, ya que sus plegarias nunca quedan desatendidas”, dijo el Papa Pío IX sobre la Madre del Cielo.

Y San Jerónimo no se recató al afirmar que “Dios no nos salvará sin la intercesión de María”.

“El camino para llegar a Cristo es acercarse a María; los que de Ella huyen no encontrarán la paz”, exclamó San Buenaventura.

“El nombre de María es la alegría para el corazón, la miel para los labios y la melodía para el oído de sus devotos”, nos contó sobre la Virgen San Antonio de Padua.

E incluso Miguel de Unamuno dijo de Ella que “el número de mujeres es incontable como el de las estrellas. De una de ellas, de una humilde doncella hebrea, se sirvió Dios para la obra de Redención”.

Quedaos pues con la perspectiva que más os convenga, con la que más os guste, o incluso con otras reflexiones sobre Nuestra Señora que podáis encontrar en su amplísima devoción porque además, igual que dice el Evangelio de San Juan, “muchas otras cosas podrían contarse”. El pregonero será menos docto e ilustrado y se apoyará en lo que más cerca tenemos para demostrar que es cierto todo cuanto venimos narrando.

Porque en Sevilla lo tenemos ciertamente fácil: basta acudir a San Lorenzo para convencerse de la existencia de Dios, subir la escalinata que representa el preludio del Juicio Final ante el Señor y besar su pie derecho para advertir de dónde viene el Gran Poder de Dios. Basta esperar al Cachorro en la noche del Viernes Santo para cerciorarnos de la llegada del mismo Jesús, del Hijo del Hombre capaz de detener el reloj de los tiempos en su regreso por la calle Castilla. Y basta entrar en la Basílica y dejarse observar por la Esperanza del Mundo para sentir la Gloria que nos anuncia. Prefiero hacerlo así, apoyándonos en nuestras Sagradas Imágenes que, a poco que se observen, nos servirán de prueba infranqueable para afirmar con rotundidad que es verdad todo cuanto se nos ha enseñado sobre el Señor y la Virgen.

Y me valdré también para este empeño, por supuesto que sí, de las Hermandades de Gloria, de esas grandes desconocidas de las que los cofrades sinceros nunca seremos hermanos sino deudores de su labor de años, décadas y siglos, de sus momentos ciertamente dificultosos y de otros pocos más lustrosos. Deudores al sentir con certeza que en estas hermandades están los más leales hijos de la Virgen, cuna del legado de tantos sevillanos que en épocas pasadas dieron su vida entregándola a su devoción y que seguro habrán tenido como recompensa un sitio en la cohorte de protectores primeros de esa Mujer Vestida de Sol que en el Cielo nos espera.

Y dentro de esta inmensa aunque humilde amalgama de Gloria y amor sincero, me apoyaré siempre en la devoción a la Virgen del Carmen, devoción que por inmensa no sólo copó los corazones de la faz terrestre, sino que en su extensión y grandeza de convencimiento hubo de ser coronada como Estrella del Mar, de los mares que ocupan con su manto azul y transparente todas las partes del planeta porque presente está siempre y en todos los rincones del mundo nuestra amada Virgen María.

Aquí os llamo, hijos de la Virgen del Carmen, justo cuando se acaban de cumplir seis siglos y medio de vuestra presencia en la Ciudad, y aquí os convoco, a las plantas de esta joven y discreta princesa del barrio macareno, para que en reunión proclamemos la verdad de cada uno de vosotros, transmisores de la Gracia y herederos de aquellos tantos otros que cincelaron en la leyenda de Sevilla el título de “Mariana” por los siglos de los siglos, fiel enseñanza transmitida de generación en generación que ha vencido a los avatares y a los tiempos:

*Hace tiempo me vengo preguntando  
el porqué de la “Tierra de María”,  
la razón del sinfín en devoción  
que en los siglos ha sido mantenida.  
Lo dijo un Papa en santo revestido  
desde un balcón de la Giralda altiva,  
proclamando que es Tierra de la Virgen  
al son del “no te vayas todavía”.  
Lo dice la leyenda que campea  
en el lema mariano que recitan  
los hijos de los hijos que dejaron  
tan eterna su Fe en la Reconquista.  
Lo sabían Spínola y Tarín,  
y a los vientos también la Giraldilla,  
Madre Angelita, Isidoro y Mañara  
y la Santa de Teresa lo sabía.  
Y Velázquez, y Murillo, y Sorolla,  
y Astorga y Castillo, Roldán y Buiza:  
Con pincel y cincel lo revelaron  
transformando su amor en obra viva.  
Mas sin nadie yo quise descubrirlo  
cual si fuera a través de celosías,  
quise ver, sentir, amar a la Virgen  
y empararme en su virtud y en su vida.  
Así que fui a buscarla por las calles  
en un Julio adornado por los días:  
Me detuve en San Román, bajo el palio  
de ese Carmen de Santa Catalina.  
De seguido llegué hasta la Alameda  
y en la Cruz del Rodeo ya intuía  
la hermosura de otra Madre del Carmen  
que siembra en Calatrava la armonía.  
Colmado crucé el puente hasta Triana,  
y en el puente recé un Avemaría  
al pequeño topacio de la Virgen  
que luce como el sol en su Capilla.  
En Santa Ana y su antigua Catedral  
me postré por el Carmelo de su Hija,  
y al sentir al regreso escalofrío  
a Triana recité mi poesía.  
Y aquí cerca, a los pies de la Esperanza,  
otro sueño del carmelo crecía:  
San Leandro en el emblema, y el Carmen*

*que en su huerta aladaña florecía.  
Y después, al Santo Ángel, Buen Suceso,  
estampas y retablos que subliman,  
calle Feria, y así, casi volando,  
llegué a los Monasterios carmelitas.  
Al fin acabé en San Gil, nuestra Casa,  
comprobé que en tu Imagen bendecida  
-nombre, vida, luz, sueño de arrabal,  
flor, Gracia, mariana sabiduría-  
se encuentra la esencia de los Cielos  
porque hallé la respuesta que quería:  
supe al mirarte, Carmen de San Gil,  
que Sevilla es la “Tierra de María”.*

## **LA MAÑANA DEL MES DE JULIO: EL CARMEN CON LA ESPERANZA**



La humildad -una de las principales virtudes de la Virgen- es el fundamento de todas las demás que se pretendan poseer, pues sin ésta cualquier otra fallará ante la ausencia de sustento.

Son innumerables las muestras que convierten a esta Madre Carmelita en faro permanente de humildad y en cristal inmaculado en el que reverberar:

Así decidió no revelar a su Esposo, como hubiera sido lo normal, el origen divino de su maternidad para no permitir que nadie dejara de mirarla como criatura simple y humana.

Además, nunca quiso tomar como propias las alabanzas que se le brindaran, sino que, recibéndolas, las refirió todas a Dios en un instante, como hizo con el Arcángel cuando percibió su presencia dándose a sí misma la condición de esclava y no reconociéndose como escogida aun a pesar de serlo; o como hizo ante su prima Santa Isabel al ser proclamada por ésta “bendita entre todas las mujeres” mientras le presentaba su admiración por haber comprobado que nada más ser distinguida como verdadera Madre de Dios la hubiera visitado humildemente respondiendo a sus alabanzas con el canto celestial del “Magnificat”.

Y no quiso tampoco Nuestra Señora tener un puesto renombrado o preferente en el Cenáculo, como bien nos dice San Lucas; y quiso despreciarse al no aparecer junto al Hijo cuando entró en Jerusalén rodeado de palmas y olivos -pues no leemos tal cosa en las Escrituras- y sí en cambio en el Monte del Calvario ante la tortura infringida al fruto de su vientre.

Y también ha querido en su advocación del Carmen de San Gil no ser agraciada con ningún altar catedralicio, sino con una sencilla capilla recubierta de hierro y reja; ni ha querido tampoco ser identificada con una talla de obligada visita en aclamación que no conozca fronteras, sino que le ha bastado la certeza de saber que será encontrada por aquellos que la buscan en la preciosidad de un Besamanos montado no sabemos si por su priestía o por los Querubines que más tarde se subirán a su paso, y en el que recibe, a través del fugaz gesto de un beso, todas las penurias, todas las ilusiones, todas las fuerzas que a veces faltan, toda la memoria de la vida que gira en torno de los que ya no están, todos los deseos que se le imploran y todos los agradecimientos que se le deben...

Nunca seremos capaces, dadas nuestras limitaciones, de imitar todas las excelencias de la Virgen. Procuremos entonces parecernos a Ella al menos en su humildad, tierra fértil y necesaria donde podremos cultivar el resto de los dones que en el reparto divino nos hayan podido corresponder.

Y os preguntaréis ahora: ¿por qué es necesario dedicar a esta virtud de la humildad de María un espacio tan importante? Porque así es Nuestra Señora del Carmen de San Gil: antes que nada, esclava; antes que todos, mujer servidora de Dios; antes que cualquiera, defensora y Abogada Nuestra.

Si queréis verificar la realidad de todo cuanto os digo, venid, venid a verla en su día grande de sol, claridad, azul, atardecida y paso coqueto y reluciente... Venid, venid a ver cómo su barrio se transforma en el Imperio al que acuden macareños de terno elegante que, para la ocasión, se presentan con sus mejores galas de alma y vestimenta, de sonrisa y ánimo, de pasión y alegría...

Y miradla, y admiradla en su júbilo porque una vez finalizada la Misa Solemne se dirigirá, como cada año sucede cuando se cierran los portones de esta Iglesia esperando la hora procesional en la atardecida, al encuentro con la Esperanza, Madre Universal más acostumbrada a tales agasajos que esta modesta doncella. Fijaos bien, porque es cierto lo que os narro, ved su rostro nervioso, inquieto, tenso y sonrojado cuando el día

comienza a clarear y durante la solemne celebración: no es costumbre de Ella prestarse a estos halagos salidos del corazón de su pueblo sin que su gesto se ruborice. Pero observad también la mutación de su semblante ya relajado minutos antes de su salida procesional tras haber recibido la bendición y el sosiego de la Reina de los sueños, de aquella Mujer elevada a la Gloria que Ella misma nos anuncia desde el Camarín que corona su Basílica, de la Madre que tranquiliza, que asegura y que dio cobijo en su vientre al Hijo de Dios ofreciendo al resto de la humanidad y hasta el final de los tiempos la Esperanza que se manifiesta en su nombre y en su rostro:

*Nerviosa estaba la Virgen  
al llegar esa mañana,  
y rauda marchó corriendo  
para ver a la Esperanza.*

*Cuentan que en el pasillo  
-el que une las estancias-  
se escuchó a la de San Gil  
musitando atormentada:  
“Si yo no tengo su fuerza,  
si yo no soy la que manda,  
ni tengo su devoción,  
ni los sueños que Ella arrastra,  
ni me hicieron sus poemas,  
ni las notas de sus marchas,  
ni su palio, ni sus mantos,  
ni sus joyas, ni sus sayas,  
ni ese Cielo que siente  
al postrarse y al mirarla”.*

*Allí sentada en un banco  
todo eso le relataba,  
buscando como quien busca  
consuelo para las almas.*

*Al rato salió contenta,  
volvió a su paso entregada  
y dispuesta a pasearse  
como flor que se estrenara.*

*El tiempo se dio su tiempo,  
y su rostro reflejaba  
lo que allí delante dijo  
la mismísima Esperanza:*



*“no te habrán dicho a los vientos  
lo que a mí me proclamaran,  
ni tendrás en Ti los siglos  
que en mi rostro se ensalzaran ,  
ni vendrán a Ti millares  
como siempre a mí me pasa,  
mas si tienes la dulzura,  
y la gracia delicada,  
y la miel en tus mejillas,  
y cristal fino en la cara,  
y caricias en tu pelo,  
y la luz en tu mirada,  
y esa hechura macarena  
de novia de calle Parras”.*

*Y así fue como se supo  
que su orden ya fue dada  
en los Cielos y en la tierra  
al mandarlo la Esperanza:  
“que se aviven sentimientos,  
que reluzcan las fachadas,  
que se empinen nuestras torres,  
que presuma la muralla,  
que se borden mantoncillos,  
colgaduras en las casas,  
que vuelvan las alegrías  
y las penas se nos vayan,  
que vuele cada vencejo  
de espadaña en espadaña  
anunciando hasta los mares  
al repique de campanas,  
que aunque no haya capirotos  
ni merino entre las capas,  
ni cornetas en el aire  
de una Roma sevillana,  
que resuenen, que resuenen  
piropos, vítores, palmas,  
cantos, ruegos y rezos,  
requiebros, bandos y salvas,  
que todo el barrio se apreste  
en la tarde en que Ella salga  
a un paseo por los Cielos  
sin que sea Madrugada”.*

## CANTO FINAL AL CARMEN DE SAN GIL

Y será en esta hora cuando comience el paseo que nos hará dudar de nuestra estancia en este mundo. Y será con la Marcha Real interpretada en tu honor cuando la explosión de la salida, de la tarde, del color, del calor, del celeste inmaculado, del ambiente jubiloso y del tiempo desaparezcan porque no habrá más realidad palpable que el obsequio de tu procesión; no habrá más camino que seguir que el sendero que nos abra la proa dorada de tu paso que, venciendo a la estrechez de la puerta de tu parroquia, convierta a las calles de tu barrio en el mar de nuestra vida; al Arco que te espera en el puerto de partida de nuestros sueños, de nuestras familias, de nuestros hermanos, de todas las personas a las que queremos, de los que nos antecedieron y de los que irán llegando en la medida en que Tú así lo quieras; a la Basílica que se impone en el paisaje en el puerto de segura llegada en el que se cruza la meta de la Esperanza; y al cortejo que te precede en la imagen de aquellos pescadores que acudieron a la llamada del Hijo para edificar su Santa Iglesia.

Que todo esto, oíd bien lo que cuento, ocurrirá en menos de lo que pensáis. Que todo esto es tan cierto como el aire que respiramos y que Ella nos da. Que todo esto es lo que nos dará fuerzas para aguantar ese estío que para el cofrade no es sino inacabable desierto que en su travesía quedará reconfortada con su recuerdo, con su donaire, con su gracejo y con el mimo de su cuadrilla.

Porque sólo así sabremos cuál es la Gloria que nos espera tras el cancel y el atrio de la Esperanza. Porque sólo así podremos ser dignos de la Virgen del Carmen, sólo así: cuidándola hasta ese día en que al salir sobre su paso y por su barrio Ella solita se baste; invocándola como verdaderos hijos de Dios; amándola sabedores de ser instrumentos de Ella y de su mensaje de humildad carmelita; conmoviéndonos ante su presencia y ante su evocación; pidiéndole como le pedimos en la “Salve, Madre” que aunque nuestro amor la olvidare, Ella de nosotros no se olvide; y ofreciéndole, como ahora lo hace el pregonero, la mejor rosa que le podamos presentar en forma de oración y de poema manuscrito que en un legajo envuelto y enfundado por mi amor aquí mismo te entrego delante de todos mis hermanos:

*Cuando Gabriel Espinal  
regaló lo que ahora vemos  
también donó a su barrio  
la esencia del sentimiento.*

*Porque por darte, Señora,  
nos dio el alivio perfecto,  
la prestancia de una Madre,  
la Princesa de este Reino  
que se extiende por San Luis,  
la muralla, el Pumarejo,  
sembrando por intramuros  
el mayor de los sustentos  
donde el Carmen de tu nombre  
se transforma en el lucero,  
en la faz del mismo sol  
que ilumina un mundo nuevo  
porque brillan la alegría,  
las sonrisas, el contento,  
y se elevan corazones  
que a tu paso dan el vuelo  
de las muchas levantás  
que detienen hasta el tiempo.*

*Porque por darte, Señora,  
nos dio en un solo momento  
la razón de la existencia,  
del amor, su fundamento,  
la belleza entre unas rejas  
que hasta el aire deja preso,  
la vida que nos espera,  
las claves de un callejero  
que guardan en cada esquina  
y en sinfín de recovecos  
el recuerdo de tu Imagen  
sublimada en un paseo,  
alzada en tu pedestal,  
cerquita del firmamento,  
llevándose hasta la Gloria  
al que reza en su silencio,  
al que mira, al que presiente,  
al que sufre en su desvelo,  
al que estrena su añoranza,  
al que vive en sus recuerdos,  
al que en sueños ya te espera  
esperando un año entero,  
y a Teresa con Simón  
que completan el misterio,*

*y a tu Niño entre Querubes  
que sonrían con sus juegos,  
y al que manda en tu cuadrilla,  
y a todos tus costaleros,  
y a la Torre vigilante,  
y a la marcha del momento  
en que entras por tu puerta  
despidiéndote a lo lejos  
con un canto que recito  
poquito a poco hasta dentro:*

*“Gloria a la Virgen María,  
Gloria a su Monte Carmelo,  
Gloria a Dios en la tierra,  
Gloria a Dios en los Cielos,  
Gloria al Carmen de San Gil  
y a su barrio macareno.”*

## **EPÍLOGO**

De esta misma manera, viéndote, contemplándote, admirándote, amándote, es como hemos expresado el amor que sentimos hacia tu excelsa figura de Madre Carmelita y macarena.

Y de esa misma manera seguiremos proclamando tu inmaculada pureza hasta el último aliento de nuestra vida: porque a Ti acudiremos con el único afán de convertirnos en prisioneros tuyos dentro de la amorosa galera de tu Parroquia, porque sabemos que en Ti brilla la Estrella del Mar que nos saca del oscuro túnel de las miserias, porque desprotegidos caminamos sin el escapulario carmelita que engrandece tu historia, porque sin Ti tu barrio dejaría de ser barrio para convertirse en desierto, porque sin tu sol en el mes de Julio ninguna alegría volvería a resucitar, porque en Ti está la esencia de toda tu gente llana y humilde, y porque sabemos, Astro reluciente en el inmenso universo macareno, que acudiendo ante tu presencia estaremos salvados del fuego eterno con sólo pronunciar tu nombre, Jardín de la Belleza, Lucero Divinizado, Faro Alumbrador, Madre Sublime, Gloria Presagiada, Hermosura en el Primor, Sueño de la Ternura, Gracia del Encanto, Mar de la Perfección, Infanta de tu barrio macareno y Virgen del Carmen de San Gil .

He dicho.